



Un revolucionario de la novela La libertad según Jonathan Franzen

por Juan Gabriel Vásquez (Diario El País,
septiembre 2011)

Jonathan Franzen es un revolucionario de la ficción. Ha puesto de acuerdo a la crítica más exigente, al público y hasta al presidente Obama. Su nuevo libro, *'Libertad'*, publicado ahora en España por Salamandra, ha sido recibido en EE UU como la primera gran novela norteamericana del siglo XXI. Nos habla de

quiénes somos, de nuestros sentimientos más ocultos, de la libertad, un concepto tan real como amenazado. El escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez mantuvo un encuentro con él en su casa de California, con la música de los pájaros como banda sonora.

Las correcciones, el libro que metió a Jonathan Franzen entre los grandes novelistas de su generación, llevaba una semana en las librerías cuando dos aviones de pasajeros se estrellaron contra las Torres Gemelas de Nueva York. La publicación en castellano de su nueva novela, por una de esas magias del azar objetivo, coincide con el décimo aniversario de los atentados. *Libertad*, una fiesta narrativa de más de seiscientas páginas cuyo título sencillo no debería despistar a nadie, es una novela familiar y obsesivamente privada, pero guarda en sus sótanos una buena cantidad de cargas políticas que tienen mucho que ver con los años en que fue concebida: los años posteriores al 11-S, los años de Bush y de Irak, los años en que palabras como América, patriotismo y -bueno, sí- libertad estaban en boca de todos los norteamericanos, y en particular, de todos los políticos. "Una de las razones del título", me dijo Franzen cuando le hablé del asunto, "es mi intento por recuperar una bella palabra de manos de los estúpidos y volverla a poner en manos de quienes pueden apreciar su complejidad y su belleza".

Pues bien, misión cumplida: *Libertad* es una bella y compleja exploración de un puñado de vidas íntimas cuyo problema, igual que sucedía en *Las correcciones*, es el eterno conflicto entre lo que quieren y lo que se espera de ellas. En este choque frontal se mueve la extraordinaria historia de la familia Berglund, gente de buenas intenciones e incluso de buena fortuna; gente cuya buena fortuna, junto con todo lo demás, se va al garete de manera fascinante a lo largo de unas tres décadas. Lo que Franzen nos cuenta es el auge y caída del matrimonio entre Walter, ambientalista comprometido y marido fiel, y Patty, "una alegre portadora de polen sociocultural, una abeja afable". Todos los sospechosos habituales están presentes: el dinero, los deportes, el sexo, las drogas y aun el rock and roll, en la persona de Richard Katz: músico pospunk que prefiere ganarse el pan arreglando techos antes que comprometer su integridad artística, hombre caótico que interfiere de maneras imprevistas y calamitosas en el matrimonio Berglund. Son todos personajes (encantadoramente) confundidos, y a todos les queda a la maravilla la frase que una vecina insidiosa utiliza para referirse a los Berglund: "Creo que aún no han aprendido a vivir".

¿Cómo vivir? *Libertad* intenta responder a esta pregunta.

Franzen divide su calendario entre su piso de Manhattan, donde pasa nueve meses al año, y una casa de Santa Cruz, California, a una hora y media de San Francisco por una carretera que bordea el Pacífico. Es un paisaje de acantilados, playa y niebla al mismo tiempo -el mes de agosto en esa zona de California es tibio y húmedo-, pero al llegar a Santa Cruz todo eso desaparece: uno está en uno de esos centros urbanos que parecen surgir poco a poco, casi a traición, y en cuyas calles silenciosas no hay peatones. La casa de Franzen es un lugar engañoso: la puerta principal da a una de esas vías de inconfundible aire suburbano, pero uno cruza el salón -dos bibliotecas pequeñas empotradas en la pared, y en ellas, libros de John Updike, de Don DeLillo, de Philip Roth- y en pocos pasos se encuentra al aire libre, en un porche de suelo de madera colgado al borde de un barranco profundo y cubierto de árboles donde cantan los pájaros. Los

GRUPO A



Tertulias Literarias

pájaros son importantes en la vida de Franzen. Cuando comenzamos a hablar, lo primero que me dijo Franzen no tenía que ver con su vida, ni con sus libros, sino con el canto que sonó en ese momento. *"Un chingolo punteado"*, dijo. *"Es un hermoso pájaro"*.

Me contó que unos meses atrás había estado en Colombia, cerca de la sierra nevada de Santa Marta, en los terrenos de una reserva natural con la que trabaja su organización. *"¿Qué organización?"*, pregunté. *"The American Bird Conservancy"*, me dijo Franzen. *"Trabajamos con Pro Aves, un grupo conservacionista muy dinámico de Colombia. Una de las razones por las que hemos podido comprar el terreno que tenemos allí, en la selva tropical, es que en un tiempo hubo tantos combates que los campesinos abandonaron sus tierras"*. El Dorado -así se llama la reserva- está a unos 1.900 metros sobre el nivel del mar. Franzen hablaba de ella y yo pensaba en *Libertad* y en Walter Berglund, que se pasa buena parte del libro intentando conseguir ciertos terrenos para proteger una especie en peligro de extinción: la reinita cerúlea. *"En los últimos dos años"*, leemos, *"Walter había viajado mensualmente a Colombia para comprar extensos terrenos y coordinar con las ONG locales que fomentaban el ecoturismo y ayudaban a los campesinos a sustituir sus estufas de leña por calefacción solar y eléctrica"*. Para Walter, baste decirlo, las cosas no salen tan bien como están saliendo para su inventor.

Jonathan Franzen nació en un suburbio de Saint Louis, Estado de Missouri, en 1959. Sus padres eran gente modesta que, sin ser muy educada, veía la educación como una herramienta de ascenso social, y siempre transmitieron a sus hijos la importancia de la lectura. (Mucho después, Franzen escribiría en un ensayo: *"No soporto la idea de que la ficción sería buena para uno, pues no creo que todo lo que está mal en el mundo tenga una cura"*). La génesis de una vocación consta de muchos momentos. Uno de ellos, en el caso de Franzen, es una obra de teatro que escribió con una amiga durante el último año de escuela. Era una obra absurda, me dijo: espías rusos en el Londres de 1666 que tratan de robarle el secreto de la gravedad a Isaac Newton. *"Invitábamos al público a pensar que los rusos no tenían gravedad, o algo así"*, rio Franzen. *"Que estaban perdiendo la carrera gravitacional"*. Luego vinieron las primeras lecturas serias. *"Si tuviera que mencionar a un escritor que realmente me haya abierto los ojos, sería Kafka"*, dijo Franzen. *"Mi primera novela fue una reescritura de El proceso, imagínese. Pero nunca quise ser el loco de la buhardilla, el hombre encerrado que escribe cosas ilegibles. Desde el comienzo sentí que mi misión era hacer justicia a esta nueva dimensión literaria que había descubierto sin renunciar a un público más amplio. Pensé, y creo que alguna vez lo dije, que no quería dejar atrás a mis padres. Quería escribir libros que ellos tuvieran oportunidad de leer y apreciar"*.

Pareció que iba a decir algo más, pero entonces abrió mucho los ojos, miró al vacío y dijo: *"Oiga eso: es un colibrí. Hay muchos por esta zona"*.

Su primera mujer fue otra aprendiz de escritora. Habían estado saliendo desde el último semestre de universidad; cuando Franzen ganó una beca Fulbright y se marchó a la Freie Universität de Berlín, la relación se volvió epistolar. *"Nos escribíamos una cantidad poco saludable de cartas"*, me dijo Franzen. *"Como éramos tan ambiciosos, pensamos que no podíamos simplemente escribirnos esas cartitas llenas de emociones, sino que debían ser una especie de diario. Fue un mal experimento: yo pasaba días sin ver a nadie, viviendo en mi cabeza, y una vez, respondiendo a una carta especialmente perturbadora, tuve un colapso nervioso. En cualquier caso, esas cartas acabaron convertidas en un capítulo de mi primera novela, Ciudad veintisiete, aunque la mayor parte del capítulo fue eliminada"*.

Franzen había hecho a sus padres una promesa solemne: si no publicaba su primer libro antes de cumplir los 25, se daría por vencido y entraría a estudiar derecho. Y el libro, el terco primer libro, no llegaba. *"Pero de alguna manera completé las 10.000 horas de trabajo que, según algunos, necesitas antes de llegar a ninguna parte"*, me dijo. En 1985, en un periodo de 10 (intensos) meses, escribió el libro entero. *"Y me acuerdo del día en que lo terminé: era a comienzos de noviembre, estaba trabajando en el porche de un piso que teníamos en los suburbios de Boston. Hacía un frío terrible, pero yo me había quedado afuera porque estaba fumando y mi mujer había dejado el cigarrillo recientemente. Cuando me di cuenta de que había terminado, me sentía exhausto y lleno de excitación. Puse los 18 capítulos en una pila y mi mujer me tomó una foto junto a ese manuscrito. Cuando llegó la foto, mi imagen era horrible. Había pasado 10 meses trabajando siete días a la semana, fumando casi hasta matarme. Me veía como un hombre de 60 años"*.

GRUPO A



Tertulias Literarias

No tenía 60 años: tenía 29, y llegaba cuatro años tarde al compromiso con sus padres. Pero la publicación de la novela - un duro cuestionamiento de la inocencia del medio oeste en general y de Saint Louis en particular- fue una decepción inmensa. *"La sorpresa más grande"*, escribió, *"fue el fracaso de mi novela culturalmente comprometida a la hora de lograr que la cultura se comprometiera con ella. Mi intención había sido provocar; lo que recibí, en cambio, fueron 60 reseñas en el vacío"*. Con la segunda, *Movimiento fuerte*, ocurrió lo mismo: el aprecio de la crítica y el ninguneo de los lectores. Y con la caída de su destino literario, su destino personal -verbigracia, su matrimonio- también se estaba cayendo en pedazos. Fue entonces cuando la revista Harper's le hizo un encargo que sería determinante. El resultado se acabaría publicando en el libro *Cómo estar solo* con el título *'¿Para qué molestarse?'*, pero todo el mundo lo conoce con su alias: *'El ensayo de Harper's'*.



"El ensayo de Harper's comenzó siendo un encargo del New York Times Magazine", me contó Franzen. *"Un reportaje sobre la disminuida autoridad cultural de la novela norteamericana. Me dieron un presupuesto, pero lo más importante es que me dieron también un pretexto para escribir a los novelistas que yo admiraba. Escribí a mucha gente: a Philip Roth, a Toni Morrison... Don DeLillo fue uno de los pocos que contestaron. Así que lo entrevisté, luego le escribí y él volvió a responder, y pronto estábamos comiendo un par de veces al año. Yo tenía (y tengo todavía) una opinión tan alta de él que al principio fue incómodo estar en su presencia. Pero lo hemos superado. Siempre me ha gustado el contacto con los mayores, saber de qué hablaban, y eso fue parte de mi motivación como escritor: quería unirme a esa conversación. El ensayo no fue solo el lugar donde resolver ciertos problemas, sino la manera práctica de llegar a conocer más escritores, de entrar en contacto con DeLillo o con Donald Antrim, y escuchar que les preocupaban las mismas cosas que a mí. Terminé el ensayo sintiendo que mi maldición era menos exclusiva de lo que creía. Escribirlo me cambió, me liberó para volver a ser novelista con una noción muy distinta de lo que estaba haciendo. Terminé Las correcciones, publiqué la novela y recibí una*

respuesta muy distinta de la que había recibido con mis dos primeras novelas. Averigüé, en pocas palabras, qué tipo de novelista quería ser".

¿Y qué novelista es ese? En uno de los pasajes más iluminadores de ese iluminador ensayo, Franzen habla de su descubrimiento de una novela que lo marcaría de ahí en adelante: *Personajes desesperados*, de Paula Fox. *"Ese libro era y sigue siendo el mejor ejemplo de cómo el mundo puede verse reflejado en una conciencia individual"*, me dijo. *"Al leerlo me di cuenta de que me había enfrentado al tema de una forma equivocada. Yo me había educado con los maximalistas, esas inmensas novelas que intentan contarlo todo. Pero hay mucho más sobre los Estados Unidos de 1968 en Personajes desesperados que en una novela como JR, de William Gaddis, cuya extensión es cinco veces mayor... Así que me di cuenta de que podía resolver dos problemas a la vez: uno era la obsolescencia de la novela social (me seguía preocupando lo que pasaba en el mundo, pero los métodos de la novela social ya no eran una opción viable), y el otro, la posibilidad de hacer lo que llevaba mucho tiempo deseando: habitar el mundo íntimo de los personajes. Así que Paula Fox me enseñó el camino. Y me parece muy elocuente que el libro estuviera descatalogado mientras que las grandes novelas socialmente comprometidas de los posmodernos estaban ganando premios, volviendo famosos a sus autores"*.

El artículo de Franzen y su posterior prólogo dieron una segunda vida a *Personajes desesperados*. Franzen, por otra parte, es uno de los principales valedores de escritoras como Alice Munro. Y, sin embargo, tiene el raro honor de haber sido la víctima en una de las controversias más ridículas de los últimos años en Estados Unidos. Tras la extraordinaria reseña que la crítica Michiko Kakutani le dedicó a *Libertad* en el New York Times, un par de escritoras encabezaron un curioso movimiento feminista para quejarse del favoritismo que dicho diario mostraba hacia los hombres blancos. Tan notorio fue el debate -aunque llamarlo debate es una hipérbola- que una de las escritoras involucradas en la queja inventó un tag de Twitter, *franzentreude*, que definió como *"el dolor producido por las múltiples y copiosas reseñas que le han llovido a Franzen"*. A él, acostumbrado desde que comenzó su éxito a los ataques de mediocres y resentidos, la cosa le trajo sin cuidado. Y, sin embargo, puede encontrar razón en la queja: *"El canon olvida a las mujeres. Eso molesta*

GRUPO A



Tertulias Literarias

a mucha gente, y me molesta a mí. Suelo tratar de rescatar a escritoras que hayan sido injustamente descuidadas, pero sigo siendo el hombre blanco".

Como *'Las correcciones'*, *'Libertad'* es un examen de un momento -mejor: de un zeitgeist- a través de una familia. Para Franzen, se trata de su novela más autobiográfica precisamente porque es la más puramente inventada. *"Las cosas más duras o más interesantes de la vida de una persona no deberían contarse directamente en la ficción"*, me dijo al respecto. *"Son demasiado vergonzantes, o contarlas causaría demasiado dolor a personas que aún viven. Una de las razones por las que fue fácil terminar Las correcciones es que mis padres estaban muertos, así que no era necesario inventar tanto. En Libertad, la cosa fue distinta. Quería, en parte, contar lo que sabía, pero no quería hablar de un matrimonio que ocurrió en 1944. ¿A quién le importa 1944? Dejad que los muertos entierren a los muertos, ¿no? Así que traté de imaginar cómo serían mis padres si tuvieran mi edad. Al ponerme en esa tarea -la de contar un matrimonio que no es el mío-, pude contar mi matrimonio disfrazado. En ausencia de la invención, la autobiografía más profunda no es posible. Y, sin embargo, no sé por qué, la gente necesita pensar en la ficción como autobiografía disfrazada. Tal vez todo venga de un prejuicio muy protestante: que la ficción es mentira. Para esa gente es tranquilizador pensar que una novela no es mentira, sino que el autor ha cambiado los nombres y los detalles, pero manteniendo la verdad de lo que le ha pasado. ¿Por qué leer mentiras? Mejor leo algo que me enseñe, piensan ellos, algo que me permita mejorarme".*

Franzen ha reflexionado con terquedad y lucidez sobre el rol que juega la literatura de ficción en nuestras vidas, y sobre lo que perderemos cuando esa curiosa actividad (la de leer y escribir sobre gente que no existe) sea desplazada definitivamente. *"Hay quienes sostienen que la no ficción nos da todo lo que la novela puede dar, así que ya no necesitamos novelas"*, me dijo, *"pero hay ciertas cosas que la ficción hace mejor que ningún otro medio. El acceso a la vida interior de otras personas, con toda esta riqueza de gradaciones, es algo que solo la ficción puede dar. En la ficción podemos entrar en la mente de una persona y en seis palabras salir y entrar en la mente de otra. Fundamentalmente, esto estimula algo que podemos llamar 'simpatía liberal'. Jane Smiley habla de 'la novela liberal', con lo cual se refiere a la novela a secas: la posibilidad, no, la necesidad de presentar puntos de vista que no son los tuyos hace que uno deba abandonar cualquier absoluto moral. Así que la complejidad moral es una especie de segunda piel para un escritor de ficción".*

Y los personajes de Franzen no son extraños a la literatura. Aunque a él, según dice, nunca le ha interesado escribir sobre escritores, le gusta reconocer el hecho de que los libros tienen un lugar en la vida de la gente. Así sucede en *Libertad*, donde Patty lee a Tolstói, y Joey, lamentablemente, no logra interesarse en *Expiación*. *"Me supo mal, sí. Pero luego me llegó razón de que a McEwan no le había importado. Dijo que si él hubiera sido Joey en ese momento, tampoco le habría gustado su libro. Qué puedo decir: a mí me interesa el mundo de la gente que lee novelas. Sí, la tecnología seduce a muchos más jóvenes ahora que hace 20 años, y puede que se avecine un periodo de decadencia sostenida de la novela, pero el público es todavía muy grande. Aun si fuera pequeño, contaría con mi lealtad. Si seguimos escribiendo como si importáramos, seguiremos importando a la gente que lee novelas. La manera de conservar nuestro territorio no es darnos por vencidos y comenzar a escribir para nosotros mismos, sino tratar de escribir libros que sean relevantes".*

Franzen hizo una pausa y me dijo: *"Mire, un sastrecillo. El pájaro cantor más pequeño de Norteamérica. Siempre vuelan juntos, así que ahora vendrán otros. Para cuando estén todos, habrá unos quince. Una especialidad de la costa oeste. No se pueden ver en ninguna otra parte".*

Franzen escribió *'Libertad'* durante el primer año de la presidencia de Obama. Pasó los años de Bush luchando con el libro, pero sin llegar a ningún lado, y no es una coincidencia que la novela solo se pusiera en marcha la semana anterior a las elecciones, cuando Estados Unidos asistía a esa sorpresa inverosímil: el candidato negro iba a ganar. *"Solo entonces pude relajarme y ponerme a escribir"*, me dijo. Se había pasado los años de Bush asistiendo, con fascinación y repulsa, a la degradación progresiva del discurso político. *"La política me parece muy tonta, muy simple: exige que uno piense que tiene la razón y que el contrario está equivocado. La mayor crítica que se le hace ahora a Obama es que piensa en las cosas de una forma muy complicada, mientras que una novela que no piense las cosas de una forma complicada simplemente no sirve. Así que hay una antítesis fundamental entre la política y la novela. Alguien debería*

GRUPO A



Tertulias Literarias

llevar esta noticia a la Academia Sueca". Pensó un momento y añadió: "Soy una rara mezcla: alguien lleno de opiniones políticas que al mismo tiempo tiene muy poco respeto intelectual por la práctica de la política".



Varias cosas pasaron en esos años, los años de la lenta concepción de *Libertad*. Su relación con su mujer es una de ellas. Kathryn Chetkovich tiene una colección de relatos, *Friendly fire*, pero durante los últimos años ha estado dedicada de manera constante a la dramaturgia. Es además la autora de un bellissimo (y descarnadamente honesto) ensayo sobre su relación con Franzen: *Envidia*. "Esta historia trata de dos escritores", comienza el texto. "Esta historia trata, en otras palabras, de la envidia".

Pero en la vida de Franzen hay otra historia de dos escritores: su amistad con el novelista David Foster Wallace, que el 12 de septiembre de 2008 se ahorcó en el patio de su casa de Claremont, California. Franzen y Wallace habían comenzado a escribirse 20 años antes, en 1988. Dos años después del suicidio, Franzen publicó un ensayo en el que trataba de lidiar con esa pérdida; yo no conocía el ensayo cuando le pregunté, precisamente, cómo lo había hecho. "Dave, Dave, Dave...", dijo Franzen entrecerrando los ojos. "Lo que hizo me enfadó mucho, pero también la forma en que lo hizo. Lo digo en el ensayo: siempre supe que él sabía que el suicidio era una movida profesional. Por supuesto que no se mató para promover su carrera, pero estaba consciente de que lo haría. Lo terrible fue el contraste entre la adulación con que la comunidad literaria recibió su suicidio y mi conocimiento de los crueles, miserables detalles de lo que había hecho, de la traición que eso implicaba, de cuán salvaje era la agresión... No lo sé... La gente que lo llenaba de elogios tras su muerte era la misma que nunca lo había nominado para un premio nacional mientras estaba vivo. Y es particularmente grotesco ver que la principal reseñista del New York Times, a quien Dave detestaba, la mujer que siempre había tratado sus libros de una manera boba y mezquina, de repente se subía al tren y gritaba loas al genio".

"¿Y cómo marcó esa muerte la escritura de *Libertad*?", le pregunté.

"Bueno, siempre fuimos competidores amistosos", me dijo Franzen. "Así que pensé: oye, todavía estoy vivo. Tan pronto pasaron las seis semanas que siguieron a su muerte, literalmente la mañana que siguió al último servicio funerario, me enterré en *Libertad*. Mientras tuviera esta novela, pensaba, no tendría que lidiar con la tristeza. *Libertad* se convirtió en un mecanismo para diferir la tristeza".

Pensé en uno de los relatos de Wallace, El suicidio como una especie de regalo, pero la asociación de ideas me pareció inoportuna y aun grosera, y me avergoncé de ella.

Un canto se oyó al cabo de un rato. "Muy interesante", dijo Franzen. "Oiga eso: es un chivirín de cola oscura. Es raro que esté aquí. Su canto es muy fácil de distinguir. Óigalo".

Fontes:

http://elpais.com/diario/2011/09/18/eps/1316327216_850215.html

Para saber más:

http://cultura.elpais.com/cultura/2012/11/17/actualidad/1353181218_716026.html (Entrevista con Jonathan Franzen)

http://elpais.com/diario/2011/10/08/babelia/1318032738_850215.html (Crítica de "Libertad" por José María Guelbenzu)

<http://www.lavanguardia.com/cultura/20111214/54240107156/jonathan-franzen-libertad-new-yorker.html> (Artículo de Antonio Lozano en "La Vanguardia" sobre Jonathan Franzen)

<http://www.lavanguardia.com/libros/20110930/54223284330/jonathan-franzen-la-derecha-se-ha-apropiado-de-la-palabra-libertad.html> (Entrevista con Jonathan Franzen en "La Vanguardia")

<http://www.youtube.com/watch?v=r7JZkHzcN2I> (El decálogo de Franzen, breve entrevista)

<http://www.youtube.com/watch?v=rjsKltdWfDU> (Jonathan Franzen au quotidien. En francés. Canal Arte TV)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>